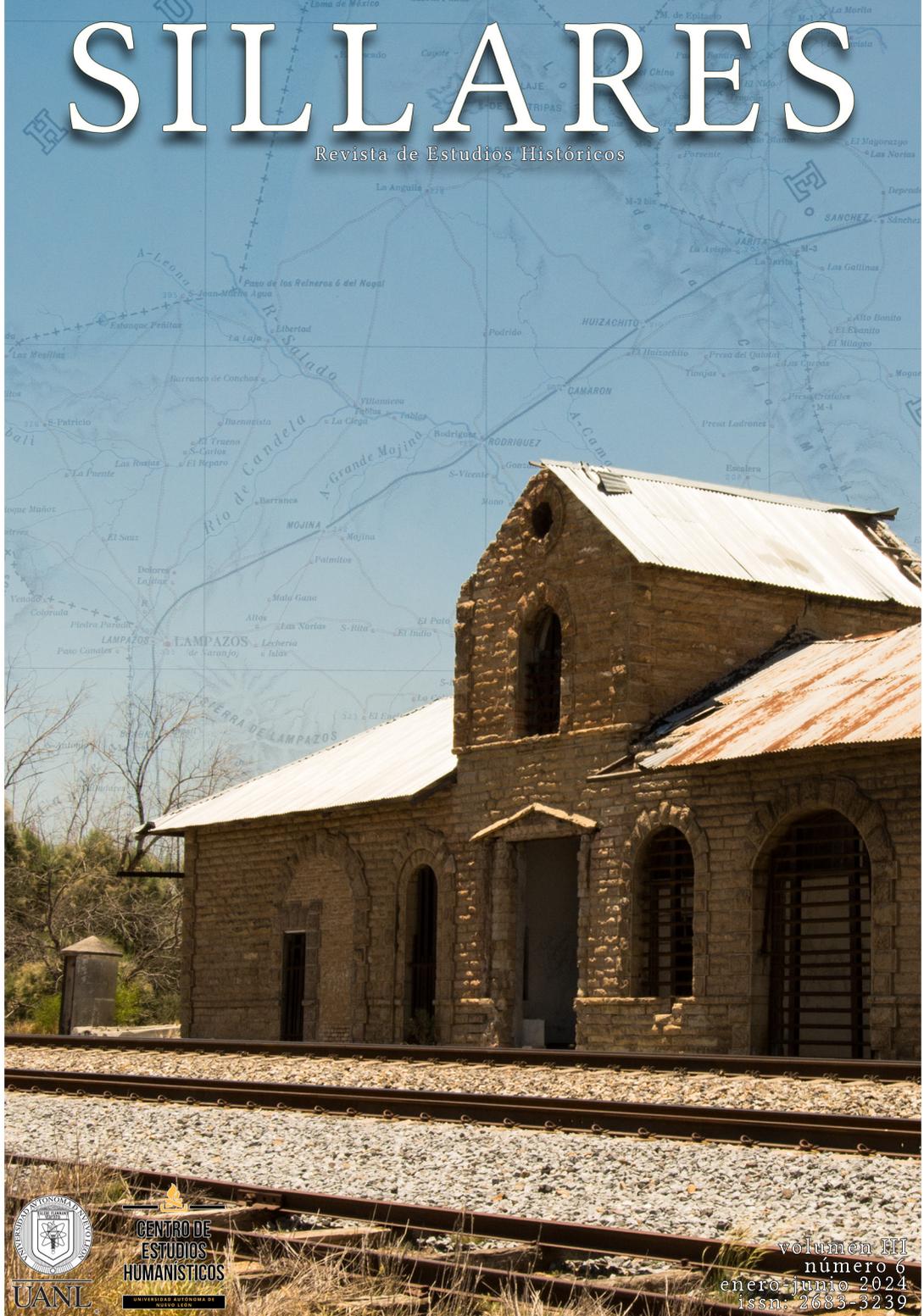


SILLARES

Revista de Estudios Históricos



CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

volumen III
número 6
enero-junio 2024
ISSN: 2683-3239

Sillares

Revista de Estudios Históricos

<http://sillares.uanl.mx/>

**Carmen Ramírez Domínguez, Óscar Flores Solano y José Antonio Ruíz Jarquín (Dir.).
Esperanza, las vendedoras del tren**

Daniela Giacomina Quintanilla Merino
orcid.org/0009-0008-9803-7384
Universidad Autónoma de Nuevo León
Monterrey, México

Recibido: 25 de octubre de 2023

Aceptado: 14 de noviembre de 2023

Editor: Reynaldo de los Reyes Patiño. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2024, Daniela Giacomina Quintanilla Merino. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/sillares3.6-120>

Email: daniela.quintanillam@uanl.edu.mx

Carmen Ramírez Domínguez, Óscar Flores Solano
y José Antonio Ruíz Jarquín (Dir.). *Esperanza, las
vendedoras del tren*. México: OCIBE, PACMyC &
Mediátika producciones, 2021.
1 h. 09 m.

Recibido: 20 de octubre de 2023

Aceptado: 27 de noviembre de 2023

“Esperanza” es el nombre de una de las estaciones ferroviarias establecidas en Puebla a finales del siglo XIX. También es el nombre del pueblo que se fundó en su lugar cincuenta años después a causa de la animada actividad que se generó en torno al paso del tren. *Esperanza, las vendedoras del tren* (2021), es un filme documental mexicano dirigido por Carmen Ramírez, José Antonio Ruiz y Óscar Flores; un espacio audiovisual de 69 minutos dedicado a la memoria de las vendedoras de Esperanza, un grupo de mujeres incansables que hoy son patrimonio intangible de la cultura ferrocarrilera en México.

La cámara sigue a las vendedoras que mantienen viva la Esperanza aún tres décadas después de que la ruta El Mexicano fuera inhabilitada y el tren dejara de hacer sus paradas usuales.

La memoria es la protagonista de esta historia, porque se hila alrededor de las entrevistas que ofrecen los habitantes del

pueblo, segundas y terceras generaciones de quienes fundaron originalmente el municipio al separarse legalmente de sus vecinos en Atzitzintla. Así, partiendo de distintas perspectivas, se conjuga el panorama cultural de Esperanza en los días del tren.

No es noticia que las oportunidades en México están terriblemente mal distribuidas. Las personas que viven alejadas de los centros urbanos, en comunidades rurales, no dejan de solventar sus necesidades cuando la pobre infraestructura de sus contextos les impone trabas para hacerlo, sólo encuentran formas de subsistir por cuenta propia; para las mujeres de Esperanza, el tren fue la respuesta. Encontraron en él un medio accesible y constante para el desarrollo de una actividad económica: vendiendo comidas y bebidas típicas que ellas preparaban a los pasajeros del tren, lograron sustentar a sus hermanos, hijos, padres y madres, y generar aunadamente una economía estable en su comunidad. En torno al pasaje del tren se construyó una estación, algunos restaurantes, edificios de gobierno, tiendas de suministros... pero más importante: una identidad.

Esta identidad otorgada por la acción colectiva que supuso trabajar con lo que respectaba al tren envuelve diferentes aspectos de la vida del habitante de Esperanza, ayer y hoy. Hay roles, por supuesto; además de las vendedoras y sus familias, estaban los conductores, los garroteros, los maquinistas, los empleados del tren, los encargados de la estación, los inmigrantes propietarios de negocios, el personal del restaurante, los comerciantes, los

vendedores de suministros, y hasta los pasajeros del tren. Cada uno de estos roles representaba los diferentes contextos de Esperanza, donde aún era posible distinguir entre sí las particularidades de los miembros de cada grupo.

La ruta del tren visibilizaba las costumbres locales. La estación de Esperanza era un punto de convergencia con la otredad. En ella, distintos grupos y clases sociales interactuaban en lo cotidiano: los símbolos abundaban en cantidad y distinción destacando como estandartes las identidades de sus portadores, claros y reconocibles. La diferencia iniciaba desde las canastas, con sus servilletas tejidas a mano, la sazón de su contenido, la mujer que la cargaba, el lugar desde el cual se le permitía vender. Tampoco era lo mismo viajar en un vagón de segunda que en uno de primera clase, comprar comida a las vendedoras o en algún restaurante; ni sentirse con la libertad, desde la cabina del maquinista, de elegir entre las mujeres las que podían subir a vender al tren y las que no.

Unidas por todo lo que compartían, pero únicas a su manera, cada una aportaba significados valiosos al contexto cultural de su comunidad, enriquecido por su calidez, esfuerzo y resiliencia. Sin embargo, las vendedoras de Esperanza enfrentaron terribles dificultades impuestas por la naturaleza, sus familias, la sociedad y políticos locales, sometiéndose a programas ineptos del gobierno (como siempre imprudente), caminatas de kilómetros a pie descalzo, abundantes lluvias, heladas, un intento

de uniformarlas, además de las ineludibles críticas y burlas; que, como ellas, se levantaban todos los días con el sol y no se detenían, tal como pasan las horas del día. Hasta que, de pronto, el tren comenzó a desviarse, y después a no pasar para nada. De la noche a la mañana se derrumbó la tradición; dejaron de pasar los trenes, dejaron de pasar las vendedoras y la Esperanza se perdió.

Cuando comenzó la construcción de una nueva línea que bajaba por Acultzingo, en el nuevo trazo del Nazareno, a nadie en Esperanza le importó lo que sucedería con las vendedoras. Ellas, como siempre, siguieron al tren y mudaron su actividad a la estación más cercana que todavía recibiera pasajeros. Fue un periodo muy difícil. El pueblo se apagó por completo en un instante; entonces fue palpable el vacío que dejaron el tren y las vendedoras en Esperanza.

Un sector que, como corazón, mantenía viva la comunidad, se vio obligado a desplazarse y abandonar la costumbre, sin oportunidad de hacer una transición a una nueva con la capacidad de sustituir lo que ofrecía la anterior. Todo Esperanza padeció su ausencia. Es así que un nuevo capítulo en la identidad del pueblo y sus habitantes debe inaugurarse: sin tren, sin pasajeros, sin calles concurridas inundadas de colores, olores y sabores; pero con los vestigios de una rica historia que permea su esencia y trasciende a través de su memoria. En su pasado se encuentra el valioso patrimonio que les destaca y otorga terreno fértil para fortalecer los lazos en la comunidad hacia el futuro.

Ahora que sólo quedan recuerdos, los habitantes de Esperanza se dedican a celebrar la identidad de las vendedoras en el pueblo, traduciendo su experiencia en el presente y celebrando su pasado. Hacen representaciones históricas en las que suena un silbato de tren que no está ahí y ellas salen a vender sus antojitos como hacían antes, entre aplausos y sonrisas. De esta forma se recupera el patrimonio intangible que dejó el tren: narrando el pasado a través de la experiencia vivida por las vendedoras. La identidad construida en base a lo que ellas representaban dotó de unidad a su comunidad porque supieron traducir los elementos de su entorno en herramientas para la superación. El rescate que se hace hoy en Esperanza conmemora a aquellas grandes mujeres.

Daniela Giacomina Quintanilla Merino
Universidad Autónoma de Nuevo León

Monterrey, México
orcid.org/0009-0008-9803-7384